

PREMIO NACIONAL DEL CUENTO

AÑO 1938

Siringa

Humberto Guzmán Arze

cuentos

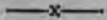
1

ediciones lauro

Los editores se complacen en presentar "SIRINGA", en honor de su autor Don Humberto Guzmán Arze, flamante Académico de la Lengua.

"SIRINGA" ha merecido la aprobación entusiasta de la crítica mas autorizada. Así, el doctor Casto Rojas, dice: "El Cuento SIRINGA, obra brillante en su género, es de una plasticidad maravillosa..."

Con esta primera publicación se inicia la de una serie de Cuentos de los mejores autores bolivianos. Estos cuadernos, aparecen cada quince días.



DIRECTOR:

Rolando Barrientos M.

Editorial:

"LAYO" — Pl. España

No. 2615 — LA PAZ.

SIRINGA

"Porvenir" era el nombre de mi estrada gomera. Dormía mi choza en un claro del bosque, entre el follaje de "tarumá" y el río que mojaba los pies en el barranco. Era sencilla la urdimbre de ramazones de "motacú" que tendían sus hojas como manos muertas.

Con el tiempo se apagó el recuerdo de mis lares andinos. Se borraron de mis ojos los cerros azules y las peñas mordidas por el sol de la montaña. Sólo se afirmaba ante mi vista la percepción pegajosa de la selva, por donde vagué sin rumbo persiguiendo imaginarios caudales que se escondieron en el siringal beniano.

—¡Ya es hora de empezar!

De amanecida era la orden que rasgaba el sueño de los peones, los cuales desfilaban hacia la espesura después de la taza de café negro y humeante.

Escrutando el vapor del humus, andábamos a saltos sobre los troncos recostados en el seno de la tierra. Peregrinos de la llanura umbría, despertamos así el gemido de la hojarasca y, tajando a machetazos la melena de la fronda, violamos sus cuevas de oscura soledad.

Escogíamos los árboles de "hevea" para que el cuchillo penetrara en surcos zigzagueantes. La escudilla pendiente de la corteza reunía gota a gota el pausado lagrimeo

de la herida. Diseminados por la estrada, los peones "picaban" la goma, atentos y febriles en la húmeda penumbra, nimbados por aureolas de silencio.

Acompasaban nuestro propio ruido las moscas de luz que bailan en curvas sonoras, y el chirrido de las cigarras que venía desde la remazón, era voz punzante como nuestro alejado cautiverio.

Antes de que se obscureciera definitivamente el retazo de azul, entrevisto a través de las altas copas se recogían los hombres para ahumar el látex y forjar con paciencia las bolachas de goma que se ennegrecían a la lumbre. En cuclillas delante de las chozas, avivaban el hogar con leños de "curupaú", crepitantes al consumir su pulpa resinosa, cuyo aroma acre se esparcía en el aliento del atardecer.

Concluida la faena, liaba un cigarrillo; en su extremo prendía la primera estrella de la noche, fugaz como otro lucero de esperanza que floreciera en mi pena.

Transcurrían los domingos untados de murria y de perezosa laxitud. Los peones alborotaban el sopor de los descansos con primitivo jolgorio, y las botellas saltaban de mano en mano, invitando a sorber un líquido áspero y quemante.

A la sombra de los platanares y recostados sobre los cueros de res, los "picadores" de caucho jugaban utópicas ganancias hasta que los dados y los naipes en volteos imprevistos provocaran alguna disputa.

A veces, tediosos de la pegajosa vaharanda tropical, cruzaban de largo los batelones ahítos de goma. Los ríos son los únicos senderos que rompen la red tupida de la selva, y por ellos aparecía alguna canoa repleta de nuevos rostros. Acudíamos para ver en sus pupilas la imagen fresca de los pueblos que abandonaron. Mas, nuestra ansie-

dad sería inútil porque eran también cautivos del "enganche" que tenían en las manos la huella cardena de las ligaduras que frustraron su evasión. Venían a remplazar a los siringueros muertos y a los espectros de la malaria que agonizaban en los gomaes.

Un día, recostado en el tronco de un bibosi, dormitaba al compás de un batir de alas prendidas al tronco. Era el follaje que se abanicaba al aliento del atardecer con los airones de las palmeras. No percibí el ronquido de unos remos que bogaron hasta el pie del altozano al cual trepó un hombre lustroso de sudor, llevando en las manos el cabo de una cuerda para sostener la canoa.

—¿Ta Gomez? ¿Ta aquí el "colla" Gómez? — Interrogó con fuerza al silencio.

—Habla con él; le respondí a tiempo de incorporarme.

—Traemos los mozos que se contrataron. Seguiré de arribada hasta el tercer torno.

Mientras se hacía la maniobra cerró el anochecer. Llamé a mis peones para que encendieran las mechas con resina para alumbrar la embarcación. El hombre de confianza del empresario se puso a vigilar el descanso de la gente que había traído.

—Oiga Gómez: tenga cuidao con estos que no sirven pa cosa alguna. Quisieron huir al monte la primer vez que encostamos y ya nos deben por anticipos más de lo que pueden valer sus personas.

Cogí un hachón que alguien sostenía en alto y lo aproximé a los mozos que se hacían enredando sus penas.

Fueron saliendo a la temblona claridad dos hombres magros en su juventud, y otro bastante maduro acompañado de una muchacha. ¡Venían con esperanzas de riqueza a costa del líquido que rezuma de la carne vegetal! Eran de Baures. Humilde el gesto

y aplacados los ojos llevaban en la mano el atadillo de ropa.

La mujer tenía las pupilas retintas y dóciles, prieta la carne de la adolescencia y la tez muy oscura. Al andar, ondulaba su cuerpo de "mópera" con gracia flexible. Morena y palpitante, me traía su figura una remota evocación de morería.

Manuel Limachi, el inválido a quien lo llamaban Tuco porque le faltaba la mano izquierda que se la cercenaron de un machetazo en una vieja reyerta de rivales, era de pómulos salientes y de pelo renegrido como su muchachuela. A órdenes de los gomeros se inició en los trabajos de la siringa.

La moza cuidaría los menesteres de la barraca. Sus años columpiaban con travesura como los rayos que madrugaron sobre el follaje del bosque. Y con el empeño de la edad, manejaba briosamente el "tacú" para triturar los cereales. Servía el café negro como sus cabellos, dulce como su mirar.

No bien se difuminaba en el día la sangre de la luz y mientras el personal durmiera el último descanso, bajaba al río. Las ondas se apretaban a su cuerpo poniendo destellos de gotas luminosas sobre la carne morena. Rompía el agua burbujeante de espuma y, al salir del baño, como en cuadro de primitivo sabor, calcaba sus formas bruñidas contra el telón de la selva.

Tallada por el soplo del amanecer, subía al barranco a reanimar la lumbre; preparaba el café y partía con el Tuco a la estrada de goma. El hombre, quemado por la fiebre del paludismo, suspendía la faena y buscaba la frescura de un árbol, restregando el enjambre de mosquitos que le ensangrentaban la piel.

En estas pausas, Clara hendía los troncos con el cuchillo del padre, y sus brazos desnudos eran ágiles serpientes que se movían sobre las trenzas húmedas de sudor.

Junto con los caucheros me internaba en la sonda para vigilar la recolección del caucho. Clara vertía el látex de las tichelas en un recipiente y colocándose sobre la cabeza se encaminaba con languidez. Tenía ritmo en el andar como palmera azotada por el viento.

Me interpose en su camino. Perseguía incansablemente sus pupilas, su cuerpo desafiante, sus labios temblorosos y apetecibles como si tuvieran aromas de quemazón.

Me galopó la sangre en las venas y con voz afiebrada le dije:

—Me espiné en una "tacuara". ¿Podrías ayudarme?

Dejó el balde en tierra y vino hacia mí y tanto se aproximó que pude beber muy cálido su aliento. La aprisioné con vehemencia y sorbí ávidamente el jugo de su boca hasta que ella, cediendo a la gracia de la ternura, apretó contra mi pecho, su busto turgente. El follaje sepultó mi ansiedad y recobré desde entonces la dulzura del vivir dentro de las murallas de ese paisaje desierto.

Se acercaba el mes del "fábrico" en el que suele entregarse la goma al patrón. Escasearon la siringa morada y la "itauba". La selva escondió avaramente su tesoro para que nuestra codicia no acuchillara su carne ni turbara su repceso.

Se suspendió la extracción de la linfa para desmontar el bosque. La tierra cálida y penetrantemente húmeda era removida para hundir la simiente de arroz y de maíz. Se carpía el platanar y era de ver cómo la "mópera" encorvada sobre la herramienta, hacía fulgir oros sobre la nuca bruñida por el sol.

Los caucheros la seguían codiciosos rezongando por mi vigilancia.

—No es mujer para ustedes. ¡Guay del que la toque! Lo mato a cimbrones de chicote carretero.

Sentía las alucinaciones de la fiebre y los desvanecimientos que me prodigaba el mal. Un perenne temblor me aquietaba en la choza. La india desde su rústico asiento al pie de mi lecho, me brindaba amargos cocimientos de quina.

Cuando me anunciaron que llegaría el empresario me levanté a disponer las cuentas. Arribó en la canoa precedido del capataz de los gomales. Hizo el recuento del caucho y prorrumpió con furia.

—¡Cincuenta bolachas para diez estradas! Te daría "huasca" por tu flojera.

Se produjo el estupor en el personal de siringueros. El patrón con los ojos turbios revisó choza por choza, escrutando el contrabando de la siringa. En la mía halló a la "mópera" con la cual se encaró iracundo.

—¿Cuándo te contrató la empresa que no te conocí?

—Vine con la gente que se enganchó en Baures.

—¿Y te largaron solita, prenda?

—Estoy con mi padre, Manuel Limachi.

Entonces, el patrón agregó para que yo escuchara:

—Dizque no hay camba que trabaje por culpa de esta "cunami". Se irá en la canoa sin el Tuco Manuel.

Por la tarde el río me la robó para las barracas del patrón. No quise despedirme y, sin embargo, presentí que perdía la única luz que destelló en mi camino. Sin aliento de pronunciar una palabra, acabé por sentir una pusilánime conformidad como espalda sumisa a la pena. Pero acudieron a mi memoria sus labios jugosos, su cuerpo elástico y oscuro, y este recuerdo punzante me hacía tanto daño como si el látigo hubiera descrito surcos sangrientos sobre mi piel.

Sentí que el vacío me daba una sensación de abandono al añorar los días que ella iluminara en regocijo de mi juventud. Mi ánimo se irguió brioso pensando que alguno disfrutaría de la primicia morena de sus quince años. Vi que los árboles machos enseñaban una afirmación de fuerza.

Iré allá, me había resuelto por la noche, y despertando al Tuco le previne.

—Jau, Limachi, vamos a la barraca de la empresa en pos de tu hija.

—Mi verdá que yo tengo miedo, don Gómez.

—Quedate si sos camba caduco. Yo solito voy por ella.

Con el machete entre las manos descendimos a la canoa de nuestro personal. Bogando a remo sordo ambulamos toda la noche a rematar la corriente. Cuando encostamos cerca de los barracones del patrón, di libertad a la barca para que no dejara rastro en el río y se perdiera sin rumbo, envuelta en la espuma.

Aguardamos el día ocultos en el tupido ramaje lindero a los edificios. Desde nuestro refugio sentíamos la pulsación de la selva. ¡Soledad, jirones de silencio que acechaban la muerte del picador, eliminando lo indeciso, aquello que no se encajara en la salvaje plenitud!

Recién con el intenso luminar del medio día, asomó Clara vagando a la distancia. Recostaba contra el ánfora de su cadera una cantarilla de barro para recoger agua del río. Me ofreció una sonrisa en cuanto salí a su encuentro.

—Vámonos de aquí. Tengo miedo de los caucheros.

—Jesú, será pa'l otro día.

—No quiero vivir prendido a los gomales. Vámonos al Madera. Auringa nos escapamos, aunque fuera a otro lugar.

Arrojé la cantarilla y vino con nosotros. En lugar del retorno a "Porvenir", propuse la senda del Amaru Mayu. Ir a los poblados sería entregarse nuevamente al cautiverio. Las cachuelas orearían con sus turbiones de libertad nuestra vida de vencimiento.

Esa noche anduvimos con sigilo temeroso de la persecución. Mas, repuesto el ánimo nos acercamos a la orilla del Amarumayu para mendigar en las chozas un poco de arroz y charque retostado. En nuestra andanza nocturna vimos en el cielo búcaros de luces que nos bañaban en una imaginaria frescura de estrellas.

*
* * *

Un mes tardamos en llegar a Cachuela Madera. Anduvimos un mes al amparo de la maraña umbrosa, cobardes ante el bullicio nocturno de la fauna múltiple y salvaje, escondida en los abismos del bosque. Ibanos a perder el rumbo en la espesura, pero al fin contemplamos el dorso bayo del río.

En aquel tiempo se alineaban sobre sus lomos balsas y batelones cuajados de caucho. Con los ojos turbios y transparente la piel, los pilotos eran víctimas extenuadas de la fiebre amarilla. Quedaban de sus brazos una fibra seca que había perdido la envoltura de las carnes y la fuerza para hundir los remos al compás de los navegantes del río.

Pregunté quién saldría de inmediato a las cachuelas, donde aquel obstáculo se opone a la terca persecución decretada en los gomales contra todo fugitivo. Deseaba confirmarme al riesgo de saltar Riverón, Periquitos, la Bananera hasta Calderón del Infierno y, en otro suelo, beber la dicha en un sorbo con la mujer que me dio la selva.

Ofrecí nuestros brazos a un fletero que llevaba en el vientre de su batelón un tesoro de goma. Partimos los punteros y tripulantes a órdenes de un piloto.

Manso y humilde fue el río hasta Riverón. Aquí hervía la cachuela, sonora, con ímpetu. Se levantaron las espumas por encima del granito que cortaba la corriente. Y tenía tal fragor como si estuvieran ocultas en las peñas las voces del agua.

Un cañón dejaba el curso libre como ventana abierta para brincar al vacío. Con las manos crispadas por la angustia, me sostuve de la borda del batelón. Mis nervios tensos miraban más que mis ojos.

Haríamos un paso a canal. El barco desfiló hacia el despeñadero. El piloto afirmó el rumbo rozando las queiebras para perseguir el impulso ilimitado de la corriente. La quilla, a empujones del vértigo, lanceó sobre el abismo rompiendo la transparencia del aire. Había saltado el riesgo que nos acechaba y, ebrio de lejanía, se aproximó dando tumbos hacia una de las márgenes.

Seguimos siempre por el curso del Madera una y otra jornada. Un piño de garzas reales se alzó a blanquear la pupila del cielo. Su plumaje me parecía cándido como la decisión de la mujer que me acompañaba. De los troncos que lamían los barrancos, los "suchas" innóviles y negros picoteaban el turbión. ¡Mal presagio el de estos cuervos del río!

Debíamos llegar hasta cachuela Araras que diluye en azul sus orillas distantes. Cuando sentimos que el rápido tendía a llevarnos con violencia, encostamos en la playa de un cañaverál.

Repuestos de la fatiga y tomando aliento para otra maniobra, atamos al batelón una larga cuerda cuyo extremo sostendríamos desde la margen. El Tuco, tres remeros y yo mismo, sirgaríamos aflojando poco a poco el cable para que el barco se alejara a hendir el cañón de la cachuela. Clara quedó con los demás tripulantes para dar peso al barco que por falta de lastre cabeceaba con fuerza al ritmo de la corriente.

Las piedras del rápido emergían negras. Rimaban con el sol una sinfonía doliente, calcinada por el trópico. Araras no tenía la imponencia que Riverón, aunque más siniestra apuntaba a la muerte con el índice de sus rocas.

Sirgábamos con fuerza poniendo tenso el cable. El barco se alejó de la orilla y se aproximó a la masa de agua que se descuelga levantando un polvillo que escupe hasta el cielo. Los hombres del batallón trataban de gobernar enderezando la proa hacia el espacio libre que dejaban las peñas para dar el salto a media carga. El puntero tentó con el tronco un paso entre las salientes y los que sirgábamos con fuerza desde la margen fuimos midiendo la distancia con la sogá.

La sirga hacía dar cabezadas opuestas a la corriente que embistió contra la borda. Gemía la madera al furioso empuje que levantó la quilla, la cual, dándose vuelta cabalgó a medias sobre el abismo.

Una mano siniestra volcó el batelón en el vacío. Los tripulantes y la carga, como racimo que se hubiera desgranado, cayeron en la columna líquida que se descolgaba con fragor.

Dos cuerpos luchaban para no ser arrastrados por el río, asiéndose de las rocas. Uno de ellos, zarandeado por la corriente, apenas se sostuvo. El otro se arraigó en las aristas de la peña y, encaramándose sobre el islote, se tendió casi exánime. Lo reconocí. Era el de Clara.

La selva jocunda, la selva potencial y lujuriosa se vengaba de las llagas abiertas en su carne tendiéndonos la red de las cachuelas. Allí, en medio del río, quedaría nuestra esperanza como el tronco ambicioso de elevación que se consume entre las guías de la liana.

Enloquecido corría por la orilla sin saber a dónde ni a qué, mientras que los cachueleros bajando los ojos menearon la cabeza.

Intentaríamos arrojar una cuerda de salvamento del retazo que la sirga dejó en nuestras manos, pero la peña estaba tan lejana que la corriente se llevó el cabo de la sogá.

El río, sádico compañero del bosque, desnudaba el cuerpo de la "mópera", reverberante bajo las llamas del sol. Quedaría en el islote de piedra lindando con el abismo y la espuma hasta que no tuviera alientos; hasta que los cuervos escanciaran el brillo de sus ojos devorándolos con vida y hasta que el sol y este río convirtieran su carne en blanco polvo para que el viento se lo lleve a fecundar la selva como polen de flores silvestres.

El tiempo pesó como una montaña. La pavora que me impuso la tragedia se alzó con agudo clamor al infinito.

Al día siguiente, uno de estos picadores de goma que son espectros de carne en quienes se ha esculpido la fibra tensa del ánimo, levantó el fusil, hermano del siringuero como el río de la selva.

—Hay que despenarla no más antes de que los cuervos le roben los ojos. ¡Malditos suchas que se comen los ojos de los seres vivos!

Comprendí el recurso cruel y humano que los cachueleros usan en este trance, y hundí mi frente en la arena y mordí sus brasas, cuando un silbido áspero tajó el fragor del agua.

¡Junto a las trenzas retintas floreció una rosa de sangre que salpicó hasta el cielo!

Impreso en los talleres de
Editorial "LETRAS" — Yanacocha 712

La Paz, Enero 1965.